La extraña decisión de ser razonables

Quizá la historia argentina sea la de unos pocos profetas que se repiten con distintos nombres. La única herejía que nunca intentamos es dejar de creer y empezar a pensar.

Federico Paoloni
@fdpaoloni · fedepaoloni.com
3 de octubre de 2026

Quizá la historia argentina sea la historia de unos pocos profetas que se repiten con distintos nombres. Quizá la única herejía que nunca intentamos sea la más simple: dejar de creer y empezar a pensar.
En el artículo anterior finalicé con un argentino cualquiera que, sin enojo y sin ruido, un domingo decide no ir a misa. Quedó pendiente una pregunta: qué hace ese hombre el domingo siguiente?

La historia argentina sugiere una respuesta incómoda. El que deja un templo suele entrar en otro. Cada generación tuvo su redentor y cada redentor, su desencanto. Lo único que nunca cambió fue la necesidad de tener uno. La desilusión, por sí sola, no produce ciudadanos. Produce creyentes disponibles.

Este texto no pretende ofrecer un nuevo credo. Intenta algo más modesto y, quizás, más difícil: pensar qué tendría que pasar para que ese hombre deje de esperar un redentor y se anime a debatir, con los que piensan distinto, el país que quiere construir. La pregunta, en el fondo, es si existe alguna manera de hacer política sin convertir al otro en creyente o en enemigo.

El argumento más débil

En la Atenas del siglo V a.C. había profesionales de la persuasión. Los sofistas cobraban por enseñar a ganar una discusión, y su promesa más célebre era convertir el argumento más débil en el más fuerte. No enseñaban qué era verdad. Enseñaban a que lo pareciera.

Sócrates hacía lo contrario. No cobraba, no prometía ganar y empezaba admitiendo que no sabía. Su método no buscaba derrotar al interlocutor, sino llegar con él a una verdad que ninguno de los dos tenía al principio. Para el sofista, cambiar de opinión era perder. Para Sócrates, era la única manera de ganar.

Atenas condenó a Sócrates. Los sofistas siguieron cobrando. Veinticinco siglos después, la política digital no inventó al sofista. Lo industrializó.

El relato y la razón

Sería ingenuo pedir una política sin relatos. Ninguna sociedad vive sin ellos. La pregunta es quién manda a quién: si el relato está al servicio de la razón o la razón al servicio del relato.

Cuando el orden se invierte, la política deja de explicar el mundo y empieza a reemplazarlo. Los datos que confirman se celebran y los que contradicen se atribuyen al enemigo. Ya no se discute qué pasa. Se discute quién lo dice.

Los mitos que compartimos

La Argentina tiene un repertorio generoso de mitos políticos. El país potencia que fuimos y nos robaron. El salvador providencial, que según la década usó uniforme, banda presidencial o motosierra. La grieta convertida en identidad, donde alcanza con estar en contra para ser alguien. El enemigo único que explica todo, llámese imperialismo, oligarquía, populismo o casta.

Lo notable es que esos mitos no tienen dueño. El kirchnerismo y el mileísmo, que se detestan, comparten la misma arquitectura: un pueblo traicionado, un enemigo que lo explica todo, un salvador que viene a reparar la historia. Cambian los nombres del demonio y del paraíso, pero la estructura se mantiene. Y una estructura que sobrevive a todos sus contenidos no es una ideología. Es un hábito.

Superar la política del mito no exige inventar uno mejor. Exige algo más difícil: decidir qué dejamos atrás.

La extraña decisión de ser razonables

Borges escribió, ya al final de su vida, un poema sobre los cantones que, según la tradición, fundaron Suiza en 1291. Hombres de distintas lenguas, linajes y religiones que tomaron, dice el poema, una decisión extraña: ser razonables. Olvidar lo que los separaba y subrayar lo que tenían en común.

Lo que Borges vio es que la razón no es solo un método. Puede ser un pacto. Un acto fundacional tan potente como cualquier mito, con una diferencia decisiva: no necesita un enemigo para existir.

No se trata de reemplazar una fe por otra, sino de reemplazar la fe por una decisión. Y hay un filósofo que pasó la vida pensando exactamente cómo funciona esa decisión cuando se lleva al terreno de la política.

Dos maneras de hablar

Jürgen Habermas parte de una distinción simple. Hay dos maneras de usar el lenguaje. Una busca el entendimiento: hablo para que lleguemos juntos a algo que ninguno sabía del todo. La otra es estratégica: hablo para que hagas lo que yo quiero. La primera trata al otro como un interlocutor. La segunda, como un instrumento.

El sofista habla siempre de la segunda manera. Sócrates intentaba la primera.

Para Habermas, una conversación legítima es aquella en la que solo vale lo que él llamó la fuerza sin coacción del mejor argumento. No gana el que grita más, ni el que tiene más seguidores, ni el que humilla mejor. Gana la razón que resiste las objeciones. No es una utopía ingenua. Es un criterio para medir cuánto se aleja de ese ideal la conversación real.

Pero ese criterio supone algo que hoy no puede darse por sentado: que los que discuten parten de los mismos hechos. Habermas lo vio con claridad. No alcanza con tener buenas razones si el otro vive en una realidad distinta. Cuando cada tribu tiene sus propios datos, sus propios medios y sus propias verdades, el debate deja de ser un intercambio y se convierte en una guerra de relatos. Ya no se discute quién tiene razón. Se discute qué es real.

La objeción

Hay una objeción seria, y conviene enfrentarla con honestidad. La fe da algo que la razón parece no poder dar: pertenencia, calor, urgencia. El creyente tiene una comunidad, un enemigo y un propósito. La liturgia hace algo que el argumento no sabe hacer: convoca. El ciudadano razonable, en cambio, parece condenado a la tibieza. A la frialdad del que siempre ve los dos lados y nunca elige.

La objeción es poderosa porque es verdadera en parte. La razón, sola, no abraza a nadie. Pero el entendimiento también produce comunidad, no la del rebaño que sigue al pastor, sino la de los que construyeron algo juntos y saben exactamente qué pusieron cada uno. Suiza no nació de un dogma. Nació de un acuerdo entre hombres que podían no ponerse de acuerdo. Y lleva siglos.

La pertenencia que nace del mito es intensa y frágil. La que nace del pacto es menos vibrante, pero dura. Y tiene una ventaja que la del mito nunca tendrá: no necesita enemigos para renovarse.

Habermas contra Da Empoli

Giuliano Da Empoli describió con precisión a quienes hoy ganan elecciones. Los ingenieros del caos no buscan el entendimiento. Buscan la reacción. Saben que la ira moviliza más que la esperanza y que un mensaje distinto para cada tribu rinde más que una idea para todos. La vieja política empujaba hacia el centro. La nueva es centrífuga: alimenta los extremos y vive de la tensión.

Son el reverso exacto de Habermas. Uno describe cómo se gana hoy. El otro, cómo se debería discutir.

Sería cómodo decir que la razón terminará imponiéndose. No hay evidencia de eso. Los ingenieros del caos tienen a su favor la velocidad, la emoción y la eficacia. La razón llega tarde a casi todo.

Pero no es lo mismo ganar que durar. La reacción gana elecciones. Solo el entendimiento sostiene gobiernos. Un país que se gobierna a fuerza de estímulos necesita estímulos cada vez más fuertes, como cualquier adicto. Un país que se gobierna a fuerza de acuerdos acumula algo que ningún algoritmo puede fabricar: confianza. Y la confianza, en una economía de expectativas, es el único activo que no se devalúa.

La fe y la legitimidad

Hay una diferencia que la política argentina olvidó. El poder que se impone necesita súbditos; el poder que se construye necesita ciudadanos. El primero se mide en obediencia. El segundo, en acuerdos.

Los profetas siempre acumularon el primero. Ninguno pudo fundar el segundo. Por eso cada redentor terminó en desencanto: confundió la fe que lo sostenía con una legitimidad que nunca construyó.

La fe y la legitimidad se parecen solo en la superficie. Las dos hacen que un pueblo acepte ser gobernado. Pero la fe es un préstamo: el creyente la otorga y puede retirarla sin dar explicaciones, un domingo cualquiera. La legitimidad es otra cosa. No se otorga, se construye. No se pide, se gana. Y no depende de que alguien crea, sino de que pueda ser discutida sin derrumbarse.

Ahí está la paradoja que los profetas nunca terminan de entender. El poder que trata toda crítica como conspiración no necesita prohibir las preguntas. Le alcanza con desacreditarlas. Pero vive amenazado por cada una de ellas. El poder que las admite parece débil, pero es el único capaz de sobrevivirlas. Un orden que necesita fieles está condenado a temer el día en que dejen de creer. Un orden fundado en ciudadanos no conoce ese día, porque nunca les pidió fe. Les pidió razones.

Esa es, al final, la extraña decisión de ser razonables. No renunciar al poder, sino cambiar su fundamento. Dejar de preguntarnos en quién creer y empezar a preguntarnos qué estamos dispuestos a sostener juntos, aun cuando nadie nos prometa el paraíso.